

Las transferencias al estilo Facebook en los tratamientos psicoanalíticos¹

Carlos Blinder Dubilet

Resumen

Los tiempos actuales, de posmodernidad o sobremodernidad, se caracterizan por relaciones débiles, frágiles, líquidas al decir de Zygmunt Bauman.

Resulta cada vez más frecuente, y especialmente en los adolescentes, aunque no solo en ellos, un tipo de vínculo transferencial que llamaré «al estilo Facebook», caracterizado por una relación superficial, circunstancial, efímera e imaginaria. El paciente cortará el vínculo sin hacer un duelo, sino borrando al terapeuta, como se borra un contacto en el Facebook. La transferencia se instala en la desconfianza.

Este contacto huidizo, distante, también es observable en otros aspectos sociales, por ejemplo en los «espacios públicos» que serán espacios de desencuentro.

Es un reto el que no nos veamos arrastrados a hacer tratamientos al estilo Facebook.

Palabras clave: *transferencia, facebook, modernidad líquida, adolescencia.*

Abstract

The current times, of post-modernity or over-modernity, are characterized by weak, fragile and liquid relationships, as Zygmunt Bauman says.

It is becoming more and more common, especially in adolescents, but not only in them, a kind of transference attachment that I'm going to call «Facebook-style», characterized by a superficial, situational, ephemeral and imaginary relationship. The patient will finish the affective bond with the therapist as a Facebook contact is deleted. The transfer joins with the distrust.

This elusive and distant contact is also observable in other social aspects, for example in the «public spaces» which will be areas of disagreement.

It is challenging not to do treatments Facebook-style.

Keywords: *transfer, facebook, liquid modernity, adolescence.*

Quiero compartir unas reflexiones sobre las novedosas formas de relaciones transferenciales que estoy observando con cierta frecuencia en la clínica actual, y a las que llamaré «transferencias al estilo Facebook».

No quiero decir que todas las relaciones transferenciales son de este estilo, pero sí me parece que van en aumento, y que se manifiestan con más frecuencia en los adolescentes, aunque no exclusivamente en ellos.

Son relaciones transferenciales frágiles, débiles, poco sólidas, líquidas, siguiendo los conceptos de Zygmunt Bauman. Él utiliza la metáfora de la liquidez o fluidez para describir la naturaleza de la actual modernidad: «Los fluidos no se fijan al espacio ni se atan al tiempo, no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos a cambiarla, se desplazan con facilidad».

La disolución de los sólidos es la característica de esta fase. Salimos de la época de «grupos de referencia» para desplazarnos hacia una era de «corporación universal». Las pautas ya no están determinadas y no resultan evidentes. Cuando lo público ya no existe como sólido, la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre el sujeto. La modernidad líquida ha impuesto al sujeto cambios profundos, que como psicoanalistas lo observamos en las patologías actuales y en las relaciones transferenciales, ya que es en la transferencia donde se manifiesta lo más íntimo del sujeto.

Traeré una viñeta clínica.

Marsal es un joven abogado de 34 años. Consulta por consumo excesivo de alcohol. Está forjándose un espacio laboral en un bufete reconocido que le exige mucha dedicación.

La bebida representa en lo manifiesto un intento de relajarse y desconectar luego de una extensa jornada laboral. Pero no se controla y bebe en exceso. Habla de otro «enganche» a una pareja ya acabada, con la que se sentía maltratado. Ahora se siente

enganchado al trabajo y al alcohol. Luego de medio año en que acude semanalmente y con regularidad, se ausenta un par de sesiones. Lo llamo y no me atiende. Recibo un SMS. «No vendré más». Mis intentos de contactar telefónicamente fueron infructuosos. No apareció más. Le envié un SMS donde le señalaba la conveniencia de despedirnos, aunque sea telefónicamente. Mis aspiraciones a que sea una despedida presencial ya habían bajado. Pero nada. Ni señales de vida. ¿Me abandonó y maltrató como se sintió abandonado y maltratado por su expareja? Se desenganchó, pensé, pero, ¿de quién y cómo era ese enganche o era una adherencia? ¿Era una cosa para él como el alcohol? ¿Y la relación subjetiva? ¿Había algo? Pensé en la despedida, en el duelo.

Marsal no hace duelo, me borra, como se borra un contacto del móvil o del Facebook. Tan simple como apretar un botón en «eliminar» o en «no aceptar». Es una acción, un movimiento y fuera. Porque son «contactos». Ese contacto o ese amigo entre comillas deja de serlo y se le prohíbe la entrada en su mundo Facebook.

Las redes sociales representan una novedosa forma de comunicación.

Hay contactos y amigos de amigos que también pueden pasar a ser amigos. Se busca la cantidad, el exceso.

Si bien las redes sociales tienen aspectos válidos a considerar: la rapidez en contactar y la posibilidad de recontactar con antiguos vínculos, por otro lado, favorecen el establecimiento de vínculos que se apoyan en lo circunstancial, en lo efímero, en lo superficial, en lo imaginario.

Instalan y reinstalan sentimientos de precariedad o confusión.

¿Por qué «reinstalan»? Porque no todos se posicionan igual frente a las redes sociales, como tampoco todos se posicionan igual frente a un ordenador: habrá quienes aprovechan los beneficios de la nueva tecnología, y habrá otros que quedan enganchados, y otros que satisfacen su pulsión voyeurista. Dependerá de cómo han sido estructurados los vínculos personales en la historia del sujeto que estos modelos se repitan, y que sean más o menos patologizantes.

Las redes sociales pueden actuar en determinados sujetos, no en todos, al estilo de una droga: llena, calma y su ausencia provoca un síndrome de abstinencia. A veces los jóvenes se

desesperan si no pueden conectarse. Es como una conexión umbilical que provee de energía, de oxígeno.

Pero si bien hay una conexión umbilical con la red, de gran dependencia, la conexión con los integrantes de la red es superficial. Es una peculiar paradoja. Se depende de la red, pero a los integrantes de la red se los puede eliminar a veces en un acto compulsivo.

Hay un borramiento de la materialidad que genera la desmaterialización de los intercambios. En los trámites modernos, destaca la ausencia de lo humano: si su llamada es por tal presione 1, si es por cual, presione 2.

Es interesante observar como a través de la información que aparece en el Facebook, se elude la situación de obtener esos datos en el seductor juego del encuentro.

Me impresionó, en la película sobre el fundador de Facebook, Marck Zuckerberg, un pasaje donde el protagonista estaba ideando su invento, y un compañero de clase le hace un comentario sobre una chica que le gusta y que no sabe casi nada de ella, de sus gustos, y la dificultad que siente al acercarse a ella, porque no sabe si los temas que él podría tratar le interesan, y si entonces va a ser rechazado. Eureka, parece decir el protagonista: ese va a ser el perfil, datos que los contactos pongan de sí mismos, sus gustos, sus fotos, sus viajes. Pero no es lo mismo leer en su perfil lo que al otro le gusta que la situación subjetiva de preguntarlo. El exceso a veces reemplaza la profundidad, la emoción y lo intersubjetivo.

Interrupciones o deserciones como el caso anterior siempre han existido, pero se manifiestan con mayor frecuencia en estos tiempos, y en parte por este tipo de transferencias.

Pero no todo es el tema de las redes sociales. Hay un nuevo modelo social que impacta en la subjetividad.

En *Modernidad líquida*, Bauman matiza un cambio importante en la forma como el poder ha ido cambiando su estrategia, y creo que es un dato interesante a pensar en relación con estas transferencias líquidas.

Utilizando el diseño panóptico (que todo lo ve), Foucault metaforiza el poder moderno. En este modelo, están los internos, es decir los sometidos, inmovilizados e impedidos de cualquier

movimiento, y son vigilados por los guardianes que sí tienen libertad de movimiento y dominan el tiempo. Los prisioneros no tenían forma de saber donde se encontraban los vigilantes.

El secreto del poder estaba en el dominio del espacio y del tiempo: a los prisioneros se los sometía a la inmovilidad y la rutina.

Pero existía una tensión, ya que los vigilantes también estaban en cierta forma atados al espacio que tenían que vigilar y a la rutina de la vigilancia. Era una tarea ardua y difícil: construir edificios donde recluir a los internos, contratar vigilantes. Requiere presencia y confrontación.

Esta época de modernidad, llamada por algunos posmodernidad, segunda modernidad o sobremodernidad, implica el fin del modelo panóptico.

El poder no necesita un modelo definido, se ha vuelto extraterritorial, se mueve a la velocidad del ordenador, es instantáneo, y ni siquiera necesita un espacio. Por ejemplo, los teléfonos móviles rompen la antigua dependencia a un espacio: la cabina telefónica.

Si antes el poder tenía que estar ahí, cerca, vigilante, ahora se vuelve volátil, desaparece, queda fuera de alcance, es inaccesible. Los grandes capitales fluyen de un país y éste queda endeudado y sometido. Aquí nos estamos dando cuenta cada vez más de esto.

La técnica del gran poder actual es la huida, el escurrimiento, el rechazo de cualquier confinamiento territorial.

Es llamativo que hasta en las últimas guerras, por ejemplo la del Golfo, se evitaba el cuerpo a cuerpo y la conquista del territorio. Se utilizaban a distancia casi invisibles aviones de combate y misiles inteligentes.

Este contacto huidizo, distante, también es observable en otros aspectos sociales.

Por ejemplo, en las ciudades contemporáneas hay muchos sitios que reciben el nombre de «espacios públicos». Hay un grupo de ellos que está destinado a prestar servicios a los consumidores, por ejemplo los centros comerciales, salas de concierto o de exhibición, de actividades deportivas, sitios turísticos. Están pensados para consumir, y el consumir es un pasatiempo absolutamente individual. Los encuentros interfieren con el propósito. Las personas no se apiñan en esos lugares

para hablar o socializarse. No hay nada colectivo en esos espacios. La tarea es una acción: consumir y no la reflexión.

Lugares de encuentro que se convierten en espacios de desencuentro.

Son templos de consumo adonde acuden los peregrinos. Es como estar en «otra parte», un lugar sin lugar, que existe por sí mismo, que está cerrado sobre sí mismo.

Dentro de estos templos se crea la sutil ilusión de poder encontrar lo que vanamente han buscado fuera: el consuelo de pertenecer, de formar parte de una comunidad. La ausencia de diferencia (todos somos del mismo equipo, todos compramos en las mismas tiendas, a todos nos gustan estos cantantes), tranquiliza, no hay enfrentamientos.

Marc Augé define un *lugar* como un lugar de identidad, relacional e histórico. Plantea que la sobremodernidad, como él define a esta época, produce «no lugares», es decir espacios de confluencia anónima, donde personas en tránsito deben instalarse durante algún tiempo de espera, sea a la salida del avión, del tren o del metro que ha de llegar. «Estamos en un mundo donde el sujeto habita rodeado de una individualidad solitaria, de lo provisional y de lo efímero.»

El viaje a los espacios de consumo es un viaje a la anhelada comunidad, que está en otro lugar. Esto se materializa aún más, como dijimos, con las redes sociales, que crean otro lugar virtual.

Ahora bien, estas ambigüedades: un poder no visible, no palpable, relaciones virtuales, espacios públicos de soledad, la crean fuertes alteraciones en los procesos simbólicos de los sujetos.

Actúan como efectos traumáticos que según la fragilidad psíquica del sujeto dejarán marcas profundas o imperceptibles. Al estilo de la confusión que produce en el niño pequeño la madre que le dice que le quiere mucho, pero que transmite frialdad y distancia, creo que actúa este modelo de la actual modernidad.

Pienso que lo que se altera es fundamentalmente la simbolización de la presencia-ausencia, el *fort-da*. La presencia es vivida como invasión y genera desconfianza y huida, y la distancia es vivida como abandono y genera decepción y retirada.

Sabemos que la *transferencia* designa el proceso por el cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo

de relación establecida con ellos, y de un modo especial, dentro de la relación analítica.

Se repiten las matrices infantiles, que son elementos fantasmáticos, y es como el sujeto estructura su mundo y lo va repitiendo. Con el fantasma, el sujeto monta un escenario, que es además repetido.

Para que se produzca transferencia, ha de funcionar el proceso de identificación y para que funcione, debe ser posible la apropiación del objeto. Si hay fallos en la apropiación, porque el objeto no se incorpora, ya sea porque hay vacío o porque el sujeto se desliza sobre el objeto, la identificación falla. Si la simbolización de la presencia-ausencia está alterada, la relación con el objeto tendrá sus fallas. Los procesos de incorporación serán reemplazados por los de deslizamiento y mimetización. Se copia la imagen, no se incorpora el objeto. A las ligazones les sustituyen los adosamientos

Esto se agrava en la adolescencia, donde hay un proceso de desidentificación de los padres, en el proceso de exogamia, y donde el adolescente ha de identificarse con otras figuras, a veces los pares.

Si bien la adolescencia está propiciada por los cambios hormonales, es también una construcción social. Según el tipo de cultura, la adolescencia puede ser, como en algunas tribus primitivas, un pasaje en que el niño entraba en una choza donde un monstruo lo devoraba y al amanecer renacía el adolescente, o un tiempo, como en la actualidad, que cada vez más se extiende a expensas de la infancia y la adultez.

La adolescencia es un síntoma de la cultura, donde en mayor grado se expresa su malestar. Y esto en una cultura que intenta renegar el paso del tiempo y la muerte, una cultura donde el ideal es el adolescente.

La aceleración de los cambios culturales y la característica líquida de esta modernidad producen herramientas que rápidamente pasan a ser obsoletas, quedando así el sujeto desprotegido de sus apoyaturas, y perturbándose la construcción de referentes simbólicos y sociales que anuden las pertenencias. Como dijimos anteriormente, cuando lo público ya no existe como sólido, la construcción de pautas recae en el sujeto, en su soledad.

Las transferencias al estilo Facebook son transferencias lábiles, débiles, líquidas, en las que el otro es un objeto de necesidad y de desecho. Son relaciones de superficie, que aseguran así una rápida

reposición y la mudanza de las investiduras libidinales a nuevos sujetos, que servirán de garantes del narcisismo.

La transferencia tradicional se presenta bajo la forma del amor, y el amor de transferencia es el motor del proceso analítico. En la demanda de ser amado se intenta restaurar la situación constitutiva del sujeto: ha de ser amado, libidinizado y narcisizado por otro en el camino a ser sujeto.

Estas transferencias se presentan bajo la forma de la desconfianza, porque han sido sujetos frágilmente sujetados, y porque el otro aparece como presente-invasor o ausente-vacío.

Los modelos que transmiten los medios de comunicación señalan una cultura que potencia el componente escópico, con un alto predominio narcisista. El mirar y ser mirado ocupa un lugar preferente en los intercambios, con predominio de lo exterior. Pareciera que la búsqueda de referentes que operen como reguladores del equilibrio narcisista se encuentra en el exterior, en un afuera que requiere ligazones frágiles que impidan la interiorización de los objetos, a favor de poder operar sustituciones rápidas que puedan de esta manera, seguir el ritmo acelerado de los cambios que impone la sociedad.

Estas transferencias son «marcadores» de las transformaciones en la subjetividad.

¿Qué hacer? La respuesta no es fácil, porque la transferencia también implica y complica al analista, porque su inconsciente y sus fenómenos de repetición y transferencia y su narcisismo están también en juego.

Como analistas, también estamos habitados por las redes sociales, y los cambios subjetivos en la sociedad también nos afectan.

Así como en los tratamientos públicos, los psicoanalistas han tenido que renunciar a veces a los recursos interpretativos tradicionales en tratamientos con frecuencias mensuales o bimensuales, pero no han renunciado a la peculiaridad de la escucha psicoanalítica; quizás se trate de algo similar. Sin renunciar a la escucha, ni a los conceptos teóricos, crear recursos técnicos diferentes.

Un aspecto determinante, no solo en estas transferencias, pero sí especialmente en ellas, es la dinámica de las primeras entrevistas. La apertura de la partida de ajedrez es fundamental, pero es ahí

donde a veces el paciente finaliza la partida. Quizás la ficha del caballo sea la más representativa de los movimientos a realizar: parece que marcha en una dirección, pero gira 90 grados, y además salta a las demás fichas. Es menos manifiesto y previsible su movimiento que el de las demás.

Así como la tecnología va tan rápido que nos resulta difícil seguirla, la clínica adelanta a la teoría.

Tendremos que ir probando recursos técnicos diferentes, teniendo en cuenta que probablemente hagamos lo que hagamos, ciertos pacientes con este predominio de relación transferencial repetirán una vez más su problemática en el marco analítico, actuando lo que han padecido pasivamente y dejándonos en el vacío.

Para Ricoeur, el psicoanálisis es una técnica de la verdad, su fin es el reconocimiento de sí por uno mismo, su itinerario va del desconocimiento al reconocimiento, en ese sentido tiene su modelo en la tragedia de Edipo: su destino es haber ya matado a su padre y esposado a su madre. En un sentido Edipo lo ha sabido siempre, pero en otro sentido lo ha desconocido: ahora sabe que lo es, lo reconoce. Pero la verdad puede ser dura y difícil de asumir.

Si bien hemos de reinventar estrategias, creo que no debemos renunciar a jugar la carta del compromiso en el encuentro subjetivo. O terminaremos haciendo tratamientos al estilo Facebook.



Carlos A. Blinder Dubilet
Tel. 934187555
cablinder@telefonica.net

Bibliografía

- AUGUE, M. (1993). *Los no lugares: espacios de anonimato*. Gedisa.
- BAUMAN, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: Editorial Fondo de cultura económica.
- BAUMAN, Z. (2013). *Sobre la educación en un mundo líquido*. Paidós. Estado y Sociedad
- FOUCAULT, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Paidós.
- FINCHER, D. (director) y SORKIN, A. (guión). (2010). *La red social*. (DVD)
- JANIN, B., KAHANSKY E., comp (2010). *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes*. Noveduc.
- RICOEUR, P. (1970). *Freud: una interpretación de la cultura*. Siglo XXI editores.
- SENNET, R. (2001). *Vida urbana e identidad personal*. Ed. Península.

Notas

1. Ponencia presentada en la jornada de iPsi «Huellas del presente: efecto en el psicoanálisis, la cultura y la sociedad». Barcelona, mayo de 2012.